

CAPITULO CLXXXI.

Operaciones en Cataluña. — Desacuerdo entre el Congreso y la Junta de provincia. — Incendio de Manresa. — Toma del castillo de San Fernando de Figueras. — Sitio y toma de Tarragona.

En premio á la anterior victoria, las Córtes declararon benemérito de la patria á todo el ejército, concediéndose con este motivo multitud de gracias, segun ya manifestamos en otro lugar. Wellington intentó poner de nuevo sitio á Badajoz, pero al tener noticia de la llegada de los franceses retiróse á Yelves.

Lo mismo hicieron los españoles, y los dos mariscales franceses llegaron sin obstáculo alguno á la ciudad de Badajoz el 19 de junio, no creyendo prudente atacar á Wellington, que disponía de sesenta mil hombres para pelear en las márgenes del Caya.

No conforme Blake con la supremacía de Wellington, marchó á hacer una correría al condado de Niebla.

Volvió á cruzar el Guadiana en Mértola el 23 de junio, pasando las tropas toda clase de fatigas, y haciendo ver que se dirigía á Sevilla, abandonada entónces, pues la defendían escasas tropas francesas y unos cuantos jurados españoles, detúvose delante de Niebla con intencion de tomarla.

La falta de artillería y escalas defraudó su propósito, logrando únicamente que Sout saliese de Badajoz y volviese á Sevilla el día 27 de junio, despues de volar los muros de Olivenza, abandonada por los ingleses.

Blake, desistiendo de su empresa, se embarcó para volver á Cádiz con algunas de sus divisiones el 11 de julio. Castaños con su corta fuerza del 5.º ejército se acuarteló en Valencia de Alcántara y sus cercanías, y Marmont, repasando el Tajo, dirigióse á recorrer los alrededores de Almaraz y Plasencia al objeto de poder atender donde hiciera falta.

En Cataluña, reunidos Suchet y Macdonald en las márgenes del Ebro, despues de devastar el último la comarca de Solsona y de ser vencido por Campoverde en la batalla de Cardona, el bloqueo puesto á la plaza de Tortosa se había convertido en un asedio formal á mediados de diciembre anterior.

Gobernaba la plaza el conde de Alacha y tenía á sus órdenes unos siete mil hombres, auxiliados por el valeroso vecindario; sin embargo, apoderóse de éste un decaimiento grande en los últimos momentos, precisamente cuando más se necesitara hacer un esfuerzo para rechazar el eminente peligro. Dejó el Gobernador con su irresolucion caer el ánimo de las tropas y de los vecinos, y el 1.º de enero se enarbó bandera blanca en el castillo. No fué admitida por Suchet la proposicion de que se trasladase á Tarragona la guarnicion, y comenzó de nuevo otra vez el fuego; pero Alacha, más y más asustado, sin que pudiera explicarse la causa de tal pánico, entró en tratos con el enemigo. Suchet penetró en el castillo con su estado mayor, y allí mismo se extendió una capitulacion que aseguraba á los sitiados los honores de la guerra.

Se quisieron resistir algunos batallones, pero el carácter firme del general frances y la llegada de sus tropas, más que todo indubablemente, le salvó quizas de un contratiempo, y la plaza quedó por fin en su poder.

El número de soldados españoles ascendía aún á cuatro mil, con los cuales podia haberse defendido la plaza todavía.

Excitada la opinion pública en Cataluña con semejante suceso y con lo descaminado y flojo de la defensa, reunióse en Tarragona un consejo de guerra que condenó al conde de Alacha á ser degollado, sentencia que, ausente el reo, se ejecutó en estatua el 24 de enero.

La toma del castillo del Coll de Balaguer fué inmediata consecuencia de la pérdida de Tortosa, y Suchet, fortificando el puerto de la Rápita, y tomadas otras disposiciones para asegurar las ventajas de su importante conquista, partió á Zaragoza á atajar las escursiones de aquellos guerrilleros, dejando una division para vigilar las comarcas de Tortosa, Teruel, Morella y Alcañiz, otra napolitana en resguardo de la navegacion del Ebro, y otra finalmente para favorecer los movimientos que Macdonald intentaba contra Tarragona.

La única ciudad importante que quedaba á los españoles en el Principado era ésta, y en ella reinaba una gran agitacion. D. Enrique O'Donnell, á causa del estado de su salud tuvo que embarcarse para Mallorca, sucediéndole en el mando D. Miguel Iranzo, quien no podia aquietar los ánimos, pues á consecuencia de lo acaecido en Tortosa, por todas partes creían ver traidores.

El marqués de Campoverde, que precisamente gozaba la confianza popular, se encargó finalmente del mando con la aprobacion general, y aún cuando salió en seguimiento de Macdonald, no se atrevió á atacarle por creer que eran muy superiores las fuerzas con que aquél contaba.

Aun cuando D. Carlos O'Donnell, hermano de D. Enrique, fué nombrado por la Regencia capitán general de Cataluña, el elemento popular siguió dispensando su proteccion á Campoverde, el cual no tuvo más remedio finalmente que tomar en propiedad el mando que interinamente desempeñaba, reuniendo un nuevo Congreso catalan, cuyo acto tuvo lugar el 2 de marzo.

A poco se disolvió el Congreso, quedando acordados y prosiguiéndose con extraordinaria actividad los trabajos de fortificacion, en los cuales se ocupaban todas las clases de la sociedad.

Suchet, que en Aragon estaba peleando con las partidas de Vi-

llacampa, del Empecinado y de otros afamados guerrilleros, recibió la orden del Emperador para encargarse del mando de Cataluña, poniendo cerco á Tarragona, para cuyo efecto se reunió con Macdonald en Lérida, marchando finalmente éste en direccion á Barcelona, cometiendo en el camino la atrocidad de incendiar á Manresa, siendo pasados á cuchillo los pocos habitantes que en ella quedaban por el delito cometido por la mayoría abandonando la poblacion.

Pero Sarsfield y el baron de Eróles, cayendo sobre la retaguardia, se cebaron de tal modo en ella que ni á los mismos heridos respetaron.

Esto dió á la guerra un carácter verdaderamente horrible, pues Campoverde dió orden para no dar cuartel á los enemigos aprehendidos dentro ó en las inmediaciones de cualquiera poblacion que hubiese sido incendiada, saqueada, ó asesinados algunos de sus moradores.

Al mismo tiempo intentó apoderarse de Barcelona, ó por lo ménos del castillo de Monjuich, pero se malogró esta empresa, merced á la vigilancia del gobernador frances.

En cambio el castillo de San Fernando de Figueras cayó, en la noche del 10 de abril, en poder del doctor Rovira y del baron de Eróles.

Suchet recibió inmediatamente aviso de este suceso de parte de Macdonald, el cual le pedía tropas con urgencia; pero como cifraba grandes esperanzas en la empresa de Tarragona, dedicóse á ella especialmente, y el día 2 de mayo, hechos todos sus aprestos, formalizó el sitio.

Por la parte del mar emigraron gran número de familias, quedando en la plaza unas once mil personas. La guarnicion se componía de seis mil hombres y dos batallones de milicia, á los cuales se unieron el día 10 dos mil hombres que llevó embarcados el marqués de Campoverde desde Mataró.

Los sitiados hacían vigorosas salidas, á pesar de las cuales consiguió el frances apoderarse del fuerte del Olivo, situado al Norte de la plaza, cuya pérdida produjo gran efecto en los que la defendían, por la importancia que tenía.

Mayor la causó despues la salida de Campoverde bajo el pretexto de que iba á organizar el ejército que había de atacar á los franceses para obligarles á levantar el sitio, y aún cuando nombró á don Juan Senen de Contreras comandante general, y dió grandes esperanzas, la verdad fué que desde aquel momento pudo ya considerarse perdida la plaza.

Sin embargo de esto, todos los ataques del enemigo fueron rechazados, lo mismo que sus intimaciones, razon por la cual Suchet extremó el asedio, y á pesar de que Campoverde trató de distraer algun tanto la atencion del enemigo, éste consiguió dejar practicable la brecha el día 28 de junio, é inmediatamente lanzó sobre ella las columnas de asalto.

Formidable fué la resistencia, pero el general frances se había propuesto ganar la plaza á todo trance, y á costa de sacrificar gente consiguió llegar hasta la Rambla.

Senen de Contreras herido en el vientre, cayó en poder del enemigo, y á partir de aquel momento la confusion fué espantosa y horrible el desastre.

Un historiador moderno se expresa en los siguientes términos respecto á esta última parte de aquel memorable sitio:

«Entónces dió principio á uno de los más cruentos espectáculos que registran los anales de la guerra: los franceses se derramaron por la poblacion, incendiando, matando y violando; sin hallar gracia ante su crueldad, ni la mujer á quien acababan de causar la mayor afrenta, ni el anciano, ni el niño; cubrióse en breve el suelo de cadáveres; para los paisanos no hubo tregua en aquellos días funestos, pereciendo más de cuatro mil personas del vecindario, y ademas mil quinientos soldados. Los templos y los claustros fueron profanados con horribles saturnales; increíble desórden reinaba en las calles alumbradas por el resplandor del incendio; corrían por ellas desolados los que iban á buscar un asilo en los botes y lanchas de la escuadra inglesa, y todavía algunos vecinos ó algun piquete de soldados combatían desesperadamente para vender cara la vida y proteger la inútil fuga de los objetos de su cariño. Tres días duró la matanza y el saqueo, y cuando con inhumana saña el general Suchet reunió los ayuntamientos de los pueblos del campo y muchas personas notables de Reus y les hizo entre soldados pasear la ciudad para escarmiento, aún se deslizaban por las calles arroyos de sangre y embarzaban el paso montones de desfigurados cadáveres. De la tropa, incluso los heridos de los hospitales, quedaron siete mil ochocientos hombres, pues algunos que habían intentado romper la liga enemiga por el camino de Barcelona, habían sido envueltos y acosados otra vez á la plaza. Gran número de cañones, de fusiles y de proyectiles de todas clases pasaron á poder de los vencedores, quienes, segun su propia cuenta, habían perdido en el cerco más de cuatro mil hombres. A siete mil elevan sus pérdidas los historiadores españoles. La nuestra entre soldados y paisanos durante los dos meses de sitio, se elevó á diez mil muertos y ochocientos heridos.»



TOMA Y SAQUEO DEL MONASTERIO DE MONSERRATE.

CAPITULO CLXXXII.

Apoderanse los franceses de Monserrate.—Las Cortes.—Operaciones de la guerra.

EXTRAORDINARIO fué el efecto causado en toda la nación por la pérdida de Tarragona.

La división de Valencia volvió á su país, y los soldados, desertando de las filas, iban á engrosar las partidas sueltas, únicas que realmente alcanzaban ventajas sobre los franceses.

Campoverde fué relevado por D. Luis Lacy, lo cual no impidió sin embargo que los franceses se apoderasen de Monserrate, robando y saqueando aquel riquísimo santuario.

Figueras cayó otra vez en poder de Macdonald; pero sin que esto fuese causa para amenguar el valor de los catalanes, seguía la Junta dictando medidas, y los naturales resueltos á morir antes que sujetarse al yugo extranjero.

En tanto José Bonaparte, el rey de nombre únicamente, puesto que el Emperador era verdaderamente quien dirigía y gobernaba desde el punto en que estuviera, imponía contribuciones sobre contribuciones á los madrileños, consiguiendo con esto que cada día se acentuase más el odio que le profesaban.

La penuria que existía en la capital, la espantosa miseria que reinaba en ella por la escasez de granos, produciendo la muerte de gran número de personas, tenía profundamente disgustado al rey intruso, quien tuvo varias desavenencias con su hermano, el cual le iba entreteniéndolo con vagas promesas y con esperanzas que no llegaban á realizarse nunca.

Por fin, desesperado, trató de componerse con los españoles, indicación que ya había hecho anteriormente, y para este efecto envió á Cádiz, á tratar con la Asamblea, al conocido burgales don Tomas de la Peña.

Peró la Regencia rechazó todas las proposiciones, y la negociación no siguió adelante.

Abiertas de nuevo las Cortes en Cádiz, adonde se habían trasladado desde la isla de Leon, el día 24 de febrero de 1811, en el convento de San Felipe Neri, volvieron á resonar las voces de aquellos legisladores, leyéndose por vez primera los presupuestos de gastos é ingresos por el secretario de Hacienda D. José Canga Argüelles.

Mas de 7,000 millones había de deuda, y los ingresos no alcanzaban más cifra que la de 255, cuando el gasto anual entraba por 1,200, resultando de esto un déficit colosal.

Para remediar en parte éste, decretóse, despues de larga discusión, que se llevase á cabo la contribucion extraordinaria de guerra impuesta por la Junta central; que se fijara la base de esta contribucion con relacion á los réditos ó productos líquidos de las fincas, comercio é industria, y que la cuota fuese progresiva con arreglo á una escala proporcional que acompañaba á la misma ley.

Otras disposiciones se tomaron tambien, encaminadas todas á atenuar, en cuanto fuera posible, aquella situación tan difícil.

En virtud de una Memoria leída por el ministro de la Guerra, acordóse el restablecimiento de la institucion del Estado Mayor del ejército, la creacion de la Orden de San Fernando para excitar el valor militar, desestimándose la proposicion hecha por el conde de Toreno para la abolicion de las cuatro Ordenes militares.

Abolióse la tortura y los llamados apremios, y los señoríos y derechos jurisdiccionales fueron objeto de una larga y detenida discusión, hasta que finalmente quedaron suprimidos, quedando los señoríos territoriales y solariegos en la clase de derechos de la propiedad particular.

Por este tiempo se negociaron con Inglaterra las bases de un tratado de comercio, siendo comisionado D. Francisco Zea Bermúdez para tratar con el gabinete de San Petersburgo las condiciones de su alzamiento contra Napoleón.

Entre las disposiciones y decretos que emanaron de aquellas Cortes, debemos citar el que dispuso que se abriesen y continuasen los estudios públicos en las universidades y colegios, estudios que habían estado suspensos en virtud de órden de la Central desde abril de 1810; la institucion de una fiesta nacional en toda España como aniversario del 2 mayo; la supresion de las pruebas de nobleza exigidas á los que entraban en las academias ó colegios militares; la prohibicion de conceder nuevos grados militares, toda vez que de esto se había hecho un gran abuso; la redencion del servicio militar por una cuota fija, y la institucion de una nueva lotería.

Todas estas medidas y acuerdos de tanta trascendencia era natural que encontrasen opositores ó impugnadores, pero las Cortes, decididas á llevar adelante su propósito, seguían dictando medidas encaminadas todas al fin que se propusieran.

Entre tanto, el general Blake pasó á Valencia con su ejército, separándose de lord Wellington, y una vez en aquella capital, dedicóse á mejorar sus medios de defensa, nombrando á D. Juan Caro gobernador de la ciudad.

Suchet, insiguiendo las órdenes del Emperador, dirigióse sobre Valencia el 15 de setiembre al frente de veinte y dos mil hombres, llegando poco despues á Murviedro, donde había sentado sus reales el general Blake.

A distraer la atencion de éste y á separarle de allí, tendieron todos los esfuerzos del general frances: y una vez que lo hubo con-

seguido, estableció el cerco formal, estrechando la situacion de la plaza á fin de ver si Blake se decidía á ir á atacarle en sus mismas posiciones.

Y así sucedió efectivamente.

El gobernador de Murviedro instábale para que acudiese en su socorro, y como que su ejército había ascendido á unos veinte y cinco mil hombres, entre los cuales había dos mil quinientos jinetes, púsose en marcha, y el 21 de octubre trabóse encarnizadamente la pelea con buen aspecto desde los primeros momentos para nuestras armas.

Peró de súbito vuelve grupas la caballería, desordénase á su vez la infantería, cunde el pánico y finalmente perdemos la accion, costándonos doce piezas de artillería, novecientos hombres entre muertos y heridos, cuatro mil prisioneros ó extraviados y más que todo el efecto moral que esto producía.

Aquella misma noche se rindió el fuerte, y libre ya el camino de Valencia, pudo Suchet irse adelantando hasta situarse en Paterna por el mes de noviembre.

Lacy en Cataluña veíase obligado á no poder acudir en socorro de los valencianos, pero al ménos entretenía, en cuanto era posible, á los franceses en aquel territorio, consiguiendo alguno triunfos, y sobre todo disciplinar perfectamente el ejército que se hallaba terriblemente desmoralizado.

Únicamente unos mil quinientos hombres había podido reunir despues del desastre de Tarragona, pero hizo con ellos lo que únicamente el genio y la pericia de un buen general, como él lo era, puede hacer.

De este modo, y unidos sus esfuerzos á los de la Junta superior, á los de otros buenos patrios, y sobre todo secundados perfectamente por el espíritu público, consiguieron entre todos llevar á cabo empresas muy importantes.

El baron de Eróles, con la ayuda de los ingleses, consiguió apoderarse en el mes de agosto de las islas Medas, é inmediatamente y pensando tanto el de Eróles como Lacy lo conveniente que sería romper la línea de puntos fortificados que tenían los franceses desde Barcelona á Lérida, cayeron de improviso sobre Igualada el día 4 de octubre, causando á sus enemigos pérdidas de consideracion y apoderándose de un convoy de importancia que iba desde Cervera.

Poco despues se separaron, cuando ya habían obligado á refugiarse en Barcelona á las guarniciones de Casa-Masana y Monserrate, y mientras Lacy se dirigía sobre Berga, á cuyo punto le llamara la Junta, Eróles cayó sobre Cervera, apoderándose de ella.

El 14 de octubre rindió tambien á la guarnicion que había en Bellpuig, é inmediatamente y sin dar apenas descanso á sus tropas, marchó á apoyar y proteger los movimientos del gobernador de la Seo de Urgel D. Manuel Fernández Villamil.

Decaen, que había sucedido á Macdonald, se veía obligado á no separarse de los muros de Gerona, pues no le daban sosiego alguno aquellos valientes caudillos y aquel infatigable pueblo que no se doblegaba por los reveses ni cedía ante las adversidades.

La presencia de Lacy en la villa de Reus, en el mes de noviembre, á la cabeza de siete mil hombres todos disciplinados, hizo que no cayeran sobre Valencia todas las fuerzas enemigas, mucho más cuando el Empeñinado, Durán y otros varios hacían lo mismo por Calatayud, consiguiendo de este modo trastornar al general Musnier, gobernador entónces en Zaragoza.

Repentinamente apareció D. Francisco Espoz y Mina, en octubre, presentándose en Cinco-Villas, á pesar de estar puesta á precio su cabeza, ofreciendo su enemigo seis mil duros al que la entregara.

Combatió á Egea, se apoderó de la columna enemiga. Súpo evadirse de la persecucion que le hiciera Musnier, el cual estaba de acuerdo con los generales y gobernadores franceses de las provincias inmediatas para su prision, y se volvió á Navarra y Guipúzcoa.

D. Francisco Ballesteros con su division, auxiliando al 3.º ejército, recorría Granada y Ronda, y próximo á San Roque desbarató una columna enemiga, haciéndole perder seis mil hombres.

Se puso delante de las numerosas tropas de que disponía el general Godinot, sorprendió á las que se encontraban en Bornos en noviembre, y de este modo evitó reforzar las tropas de Suchet.

Wellington, no dejando de vista los movimientos del mariscal Marmont, sentó sus reales en Fuenteguinaldo el 10 de agosto con el objeto de amagar á Ciudad-Rodrigo.

El 6.º ejército español, que ántes lo mandaba Santocildes, pasó al mando de D. Francisco Javier Abadía, abandonó sus posiciones de Astorga, Puente de Orbigo y la Bañeza, por no poder resistir las superiores fuerzas del general Dorsenne, y retiróse el 25 de agosto al Vierzo para reforzar las entradas de Asturias y Galicia.

Hasta estas provincias les persiguió el enemigo, llegando por fin á Villafranca, y sosteniendo reñidos encuentros, hasta que Dorsenne retrocedió á Astorga, llamado por Marmont, que trataba de marchar á la plaza de Ciudad-Rodrigo para socorrerla.



TOMA DE CIUDAD-RODRIGO POR EL GENERAL WELLINGTON